

# Cræencia

David Moriente

*En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante; me doy cuenta de que no he escrito más que ficciones... Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción, y hacer de tal suerte que el discurso de verdad suscite, "fabrique" algo que no existe todavía, es decir, "ficcione".*

Michel Foucault

Aproximarse al concepto de *creencia* permite observar en su seno tres significados superpuestos: "firme asentimiento y conformidad con algo", "completo crédito que se presta a un hecho o noticia como seguros o ciertos" y "religión, doctrina". De todo ello se deduce que creer trae consigo asimilar, aprehender, de tal modo una *supuesta ficción* que esta se convierte en efectiva y real para el individuo creyente. La semejanza existente en castellano entre las palabras *creer* y *crear* evoca en la *creencia* una subversión del acto creativo, puesto que implanta aparentes verdades, configuradas en tanto que narraciones ficticias que ponen en entredicho las bases de la realidad, sea cual fuere esta. Dado que el creyente no atiende al razonamiento y se sitúa en el polo opuesto de la experiencia —una especie de dogma de fe—, se ve impelido a rechazar con hostilidad el entramado del dispositivo científico —una ficción convencional, dicho sea de paso—.

En el último mundo contemporáneo se nos conmina y estimula obstinada y repetidamente para creer en las fingidas bondades del capitalismo, un patrón conceptual que lo ha impregnado todo y que nos ha situado en "las tranquilas aguas de la posthistoria", como afirma Jürgen Habermas. Así, esa

extraña sensación de irrealidad continua se ha hecho omnipresente: los acontecimientos "reales" se comparan con los inventados, puesto que se ofrecen como si fueran simulados, dado que se ha extendido la noción común de que lo artificial es más vivaz que lo real. En muchas ocasiones, de manera inconsciente, se intenta anclar un efecto, que podría ser cinematográfico, en la realidad; inversamente Hitchcock argumentaba a Truffaut, que la realidad fotografiada distaba mucho de parecer "real", motivo por el que había que *estilizarla*.

Si aplicamos esta idea al sistema capitalista, este se presentaría en tanto que una potente estructura imaginaria, una meticulosa disposición de creencias diseñadas para mantener el férreo control del individuo. El motor de tal engranaje sería, por supuesto, el constantemente diferido deseo de consecución. Ese anhelo permite a la maquinaria un engrase óptimo de su funcionamiento merced a la dirección decidida, pero involuntaria, de los personajes ciudadanos: así, consumir para desear, desear para consumir, en un movimiento indefinido que conduce a las personas a ansiar desvincularse de la vida cotidiana y sumirse en el ficticio (y efímero también) mundo de la anestesia, para completar sucesivamente el ampuloso círculo de las acciones repetitivas.

El artificio retórico, paradigma de la modernidad, se manifiesta en la naturaleza fantasmal del cine, un medio que ha contribuido definitivamente a aquella sensación irreal que acabamos de apuntar. No es de extrañar, pues, que los ciudadanos se hayan transformado de lo que se podría denominar como *sujeto hiperestésico* —obsesionado con la materialidad— en algo así como un *objeto anestesiado*, espolado reiteradamente por múltiples estímulos y con nula capacidad de discriminación.

Castigo productivo, punición reiterativa, escenario simulado: *sadocapitalismo*. Una "alucinación consensual", que diría William Gibson. En este sentido, el mercantilismo de realidad sintética o, como lo ha denominado certeramente Vicente Verdú, el *capitalismo de ficción*, es la creencia impuesta en tanto que régimen disciplinario. En la última década no es de extrañar la emergencia de una ingente cantidad de reflexiones estéticas sobre la desmaterialización de la identidad, sobre esa "cárcel invisible" que supone la existencia física, la obsolescencia del cuerpo humano y la frágil libertad del ciberespacio. El símbolo-fetichismo de la posmodernidad se expresa en *The Matrix* (1997), un gigantesco vacío discursivo, una enorme holografía

que tipifica la debilidad del sentido y la desconfianza en el ser: Morfeo: "Eres un esclavo, Neo. Igual que los demás naciste en cautiverio. Naciste en una prisión que no puedes ni oler, ni saborear, ni tocar. Una prisión para tu mente. Por desgracia, no se puede explicar lo que es Matrix; has de verla con tus propios ojos. Esta es tu última oportunidad, después, ya no podrás echarte atrás. Si tomas la pastilla azul, fin de la historia: despertarás en tu cama y crearás lo que quieras creer. Si tomas la roja, te quedas en el País de las Maravillas y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera del conejo. Recuerda: lo único que te ofrezco es la verdad, nada más".

Así, ¿qué ocurre en el momento actual de narcosis? Que resulta tan difícil distinguir la realidad de la ficción que el asidero para creer se inclina en la balanza a favor de la narración. Si, como argumentó Jean-François Lyotard, la caída de las metanarrativas aceleró el proceso de posmodernización, veinte años después, otro tipo de relato, el del capitalismo ficticio, se ha apoderado de todo. Es, en definitiva, una homogeneización global, donde la mediocridad se está convirtiendo en un estándar que está produciendo docilidades, grises inactivos.

# Cræencia<sup>1</sup>

1. The title is a combination of the Spanish words *creer* and *crear* (to believe and to create), treated in the text itself (Translator's note).

## David Moriente

*As for the problem of fiction, it seems to me to be a very important one; I am well aware that I have never written anything but fictions... It seems to me that the possibility exists for fiction to function in truth, for a fictional discourse to induce effects of truth, and for bringing it about that a true discourse engenders or "manufactures" something that does not as yet exist, that is, "fictions" it.*

Michel Foucault

The consideration of the concept of *belief* permits to observe three superposed meanings at its core: "firm agreement and conformity with something", "giving complete credit that a fact or news is sure or certain" and "religion, doctrine". From all this it can be deduced that belief brings with it assimilation, learning, so that a *supposed fiction*, it becomes effective and real for the individual who believes. The similarity of the words "believe" and "create" in the Spanish language [*creer* and *crear*] evokes in *creencia*, belief, a subversion of the creative act, given that it imposes apparent truths, configured as fictitious narrations which raise doubts with regard to the bases of reality, whatever that may be. Given that the believer does not listen to reason and is at the opposite end of experience — a sort of dogma of faith — he is impelled to reject with hostility the framework of the scientific apparatus — a conventional fiction, incidentally.

In the most contemporary world, we are obstinately and repeatedly menaced and stimulated to believe in the feigned goodness of capitalism, a conceptual pattern that has permeated everything and has situated us in "the calm waters of post-history", as Jürgen Habermas put it. Thus, this strange sensation of continual unreality has

become omnipresent: "real" events are compared with invented ones, given that they are offered as if they were simulated, as the notion that the artificial is more dynamic than the real has become common. On many occasions, unconsciously, there is an attempt to anchor an effect, which might be cinematographic, in reality; inversely, Hitchcock argued to Truffaut that photographed reality is very far from looking "real", for which reason it had to be *stylized*.

If we apply this idea to the capitalist system, the latter would present itself as a potent imaginary structure, a meticulous organization of beliefs designed in order to have strict control over the individual. The driving force of such a mechanism would be, of course, the constantly deferred desire for attainment. This longing permits the machinery optimal lubrication of its functioning thanks to the decided-on, but involuntary direction of the citizen-characters: thus, consume to desire, desire to consume, in an indefinite movement that leads people to yearn to disassociate themselves from quotidian life and sink in the fictitious (and also ephemeral) world

of anaesthesia, to successively round off the bombastic circle of repetitive actions.

The rhetoric artifice, paradigm of modernity, manifests itself in the phantasmal nature of film, a medium which has contributed in a definitive way to that sensation of unreality mentioned earlier. Thus it is not strange that the citizens have been transformed in what might be termed *hyperaesthetic subject* — obsessed with materiality — in something like an *anaesthetised object*, repeatedly spurred on by multiple stimuli and with no capacity of discrimination.

Productive punishment, reiterative punishment, simulated scenario: *sado-capitalism*. A "consensual hallucination", as William Gibson would say. In this sense, the mercantilism of synthetic reality or, as Vicente Verdú has accurately called it, *the fictional capitalism*, is the belief imposed as disciplinary regime. In the latest decade, there is nothing strange about the emergence of an enormous quantity of aesthetic reflections on the dematerialization of identity, on that "invisible prison" of physical existence, the obsolescence of the human body and the fragile liberty of cyber-

space. The fetish-symbol of post-modernity is expressed in *The Matrix* (1997), a gigantic discursive vacuum, an enormous hologram that typifies the weakness of sense and the distrust in being:

Morpheus: "...you are a slave, Neo. That you, like everyone else, was born into bondage... kept inside a prison that you cannot smell, taste, or touch. A prison for your mind. Unfortunately, no one can be told what the Matrix is. You have to see it for yourself... This is your last chance. After this, there is no going back. You take the blue pill and the story ends. You wake in your bed and you believe whatever you want to believe. You take the red pill and you stay in Wonderland and I show you how deep the rabbit-hole goes. Remember that all I am offering is the truth. Nothing more".

So, what happens in the current moment of narcosis? That it is so difficult to distinguish reality from fiction that the basis for belief inclines the scale in favour of narration. Yes, as argued by Jean-François Lyotard, the fall of meta-narratives accelerated the process of post-modernization; twenty years later, another type of story, that of fictitious capitalism, has taken everything over. It is, finally, a global homogenisation, in which mediocrity is turning into the standard that produces docility, inactive greyness.